

Horror Vacui

Albert Peterson
Furanu Tejada

Hacía calor esa noche, Edmund paseaba tranquilamente por su parque favorito mientras silbaba una melodía que desde hacía tiempo le rondaba la cabeza, podría haber sido la sin igual novena sinfonía de Beethoven y más concretamente su segundo movimiento. Sin embargo, esta vez era una melodía inventada, probablemente resultado de las largas horas escuchando música negra. A lo lejos se divisaba el teatro, cuya entrada estaba abarrotada de gente que esperaba comprar su entrada para presenciar el estreno de la última obra de Henrick Craft. Él aborrecía esos espectáculos de masas, ese ir muriendo poco a poco la propia personalidad, convirtiéndose en una mezcla homogénea de gente otrora distinta, y que ya no era sino un líquido viscoso, cual bilis mortecina. Su destino era otro. Un café cerca del puerto, ambientado en los años de la belle époque y donde servían un espléndido espresso. Allí se reunía con algún amigo todas las noches de los jueves para comentar las últimas noticias y exponer sus últimas ideas sobre música, poesía o simplemente novelas que nunca se llevarían a cabo. Dejó atrás el callejón trasero del teatro y deambuló largo rato por calles débilmente iluminadas, lo que sumado a la cenicienta luz de la luna creciente, daba a esa noche un aspecto irreal, casi onírico. Al fin salió de la penumbra al doblar la última esquina, tras la cual se encontraba su destino, El Gato Negro.

Entró junto con el tintineo de las campanillas que guardaban la puerta del tranquilo café y se sentó en una de las viejas mesas de madera rodeada por sillas acolchadas, de esas que hacen que las posaderas agradezcan soportar todo el peso del cuerpo. Le pidió a la camarera, no muy agraciada en las artes de la belleza femenina, una cerveza negra que degustaría mientras su amigo Luke tardaba aún en llegar. Ahora, por fin se sentía en casa, a salvo de ese enjambre de gente atormentada y enfermiza que acechaba en las avenidas, todos dispuestos a ofrecer una insulsa amistad, basada en el compañerismo absurdo, las drogas compartidas o los deportes emitidos por esos ruidosos televisores de las tabernas para gente humilde. Realmente no sabía por qué continuaba yendo a ese lugar, tal vez porque era un sitio tranquilo y aislado, tan aislado que podrían matar a alguien sacándole las tripas con una cucharilla de postre y nadie se enteraría.

Comenzó a distraerse mirando las fotografías y bocetos de artistas que colgaban de las paredes. Recordó un tiempo en que había ansiado colgar sus propios bocetos en alguna pared, o publicar alguno de sus poemas en las escasas revistas literarias que quedaban en este mundo mecanizado y deshumanizado, donde las máquinas ejercían tal poder sobre la débil mente humana que apenas había diferencia entre hablar con una persona o hablar

con un contestador automático. Era como si el mundo entero se hubiera convertido en telefonista o dependiente de un Mc Donald. Pensó todo esto y sintió algo parecido a la tristeza, a la cual se había acostumbrado de tal manera que ya no la distinguía, como la tolerancia que se desarrolla a la morfina y que cada vez necesita de una dosis mayor para sentir los efectos.

Ahora que estaba física y mentalmente situado se centró en el tema que abarcaría esa noche con Luke. La semana anterior, este había anunciado su intención de llevar escrita una nueva canción, con el propósito de sondear la opinión de sus lúgubres amigos. Esa noche sólo estarían Edmund y él, ya que al resto del grupo no les agradaba el plan. No era porque no les gustase su música, sino más bien porque cuando Luke tocaba la vieja armónica de su bisabuelo hasta las ratas de la calle lloraban de dolor. Sin embargo nadie, ni tan siquiera una sola de las personas que acudían al Gato Negro se preocupaba ya de aquellas melodías, formaban parte del decorado, como los bocetos, las fotografías de tiempos mejores o las sillas acolchadas.

Observando a su alrededor descubrió a dos mujeres que habían permanecido ocultas en una esquina oscura del bar y que se mantenían calladas, mirando absortas sus tazas de café. Una de ellas vestía un top escotado, que dejaba casi al descubierto sus grandes senos, y una minifalda vaquera la otra. No era la primera vez que las veía por allí, aunque no formaban parte de la clientela habitual. Era agradable, incluso a pesar de sus facciones marcadas por la infelicidad, detenerse a mirar a aquellas mujeres, en lugar del insondable vacío que lo rodeaba todo normalmente. «Sí que se está retrasando Luke esta noche» -pensó mientras daba un largo trago a su cerveza. Esa era una de las cosas que le sacaban de quicio. Algunos días había esperado tanto tiempo que cuando llegaron sus compadres él ya estaba más borracho que un marinero en paro y en tierra firme. Pero como todo últimamente, eso no le importaba porque, sin razón aparente, el reflejo que de sí mismo devolvía la columna acristalada le mostraba amargado, marchito. Un inexplicable sentido de la vacuidad, un nihilismo absurdo, era lo que veía en cada espejo.

Sonaron las campanillas de la puerta, alzó la vista y sorprendido vio entrar a Adelaida. Cómo era posible. Todos habían asegurado que esa noche no acudirían a la cita. La excusa de la fémina recién llegada era ni más ni menos que la de velar a un tío suyo que había muerto en Rumanía, donde vivía parte de su familia.

-¿Tú?

-Ya ves, a estas horas debe de estar bajo tierra.

-Te acompañó en el sentimiento, pero ni conocía a ti tío ni te veo muy apenada.- El tono era más inquisitivo que informativo.

-La verdad es que le odiaba, y el muy cabrón no ha dejado herencia a nadie.

Adelaida se sentó junto a Edmund, miró su cerveza y pidió una para ella y otra para su amigo, a pesar de estar casi llena la que tenía entre sus huesudos dedos.

-¿Y Luke?

-Se está retrasando...

-Oh, y el bueno de Edmund se siente irritado, poco valorado y ofendido por tamaña falta de respeto.

-Mi imaginación en este instante no llega a inventar excusas rápidas, así pues, sí.

Un largo silencio los acompañó. Durante esos minutos Edmund miró a los ojos de Adelaida y ésta le respondió con la mirada, al instante los dos echaron a reír. Era la primera carcajada sincera que soltaba desde hacía mucho tiempo. Una rápida ráfaga de recuerdos atravesó su mente. De pronto, quedó como ausente. Le sucedía siempre en estas ocasiones. Se quedaba mirando a una mujer, leía en sus ojos las mismas sensaciones que recorrían su espina dorsal. Tras esa carcajada que tanta tensión aliviaba no sabía qué hacer ni como comportarse, y como siempre ocurre en estos casos, era ella quien tomaba la iniciativa, como si el cerebro femenino fuera más eficaz para estos casos. Comenzó simplemente interesándose por sus padres y tras esto, estuvieron hablando varias horas. Durante ese tiempo no le dieron importancia al hecho de que la camarera se ausentase durante largos ratos en los que permanecía en el almacén. También resultaba extraño que las dos mujeres del oscuro rincón no hubieran tocado sus tazas de café.

Definitivamente parecía que esa noche era distinta, algo en el aire lo delataba, el ambiente estaba cargado como en las horas que preceden a una tormenta. Es curioso como estos días extraños influyen en nuestra vida. Una lavadora que durante días, a veces incluso años permanece parada sin que nada digno de ser contado rompa esa horrible rutina, y de pronto arranca, saltándose todos los pasos hacia un centrifugado que precipita los acontecimientos. Hasta el momento había considerado su vida como un largísimo libro que se escribía hastiadamente, palabra por palabra, ahora, en cambio, todo sucedía

tan deprisa que se sentía mareado. No estaba acostumbrado a relacionarse con el sexo opuesto, no de la forma espontánea y despreocupada en que lo hacía con Adelaida. De pronto un fugaz pensamiento se deslizó por su mente. Luke. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había llegado aún? Un mal presagio le atravesó, pero pronto todo eso quedó olvidado, al menos de momento.

Adelaida se acercó más a él, se abrazaron y la besó. Recordó su olor, nada había cambiado al cabo de tantos años. Un abanico de recuerdos invadió su mente y se sintió tentado de dejarse caer de nuevo en los brazos de aquella mujer que tanto daño le había causado, y que en parte había propiciado la muerte de sus musas, el vacío de sus manos que siempre habían encontrado algo que escribir o pintar. Un último paso le separaba del abismo, apenas unos centímetros.

-Nunca dejé de pensar en ti, durante años.

Todo se precipitaba. ¿Merecía la pena? Las hormonas tomaron el control, toda resistencia era absurda. No sabía si ella le quería, a pesar de lo que acababa de decir, lo que sí sabía es que él tampoco la había olvidado. ¿Sería ella la válvula de escape a esa espiral de desidia en la que estaba sumido? Sólo había una forma de averiguarlo. Comenzó a disfrutar del momento, físicamente al menos, después dejaría que ella decidiese a donde les llevaba aquello. Alargaron el tiempo dedicado a besos y caricias y más tarde decidieron abandonar el café.

Era noche avanzada, la luna había desaparecido largo tiempo ha y nadie quedaba ya por aquellas calles oscuras. En una ciudad de mediano tamaño, la fiesta definitivamente no estaba en aquella zona deprimida del extrarradio. Los pasos de la pareja, en un principio indecisos, les llevaron inconscientemente al piso de ella.

Suerte que vivía en un bajo, porque sentía la necesidad de arrojarse sobre ella y acabar con el trámite que supuestamente esa noche les llevaría a la cama, para que, al fin, le hablara de un futuro juntos. Entraron en la vivienda y lo primero que le sorprendió fue encontrar allí el óleo que había pintado para ella, aquel pequeño rincón del mundo donde se dieran su primer beso. Antes había estado colgado en su habitación, pero ahora estaba en el hall, de modo que se viese nada más entrar. La sensación de que no había pasado el tiempo le sorprendió y se le ocurrió que, tal vez, ella lo había planeado todo desde el

primer momento, que quería que se sintiera como antes. Algo tramaba, y esa idea le atraía, le gustaba, le llenaba.

-¿Quieres tomar algo? ¿Una copa, un café?

-Eh, no. Venimos del Gato Negro.

-Capto la indirecta.

Adelaida se acercó y comenzó a desnudar a Edmund.

Follaron durante horas. Fue más intenso aún que cuando estuvieron juntos. De nuevo Edmund sentía el lienzo de su vida lleno, no necesitaba compadecerse más porque aquello, aunque por el momento sólo fuera algo físico, impulsivo, le hacía olvidarse de todo.

Despertó envuelto entre sus brazos, con la débil luz de la mañana cabalgando sobre su espalda desnuda. Ella, aún dormida, mantenía una respiración apenas perceptible.

Inhaló el perfume de su pelo, que buenos recuerdos le traía a la memoria. Echó un rápido vistazo a la habitación y notó algo diferente. Era como si las paredes hubieran empequeñecido. El feo y gastado papel que apenas alcanzaba ya a cubrirlas brillaba de una manera extraña, dando la impresión de que la cama quedaba atrapada entre ellas, a modo de menguante cámara de tortura.

Al cabo de un momento descubrió que ella estaba despierta, extrañada de verle con esa cara de pánfilo. Su cara se ensombreció, y Adelaida ya no era Adelaida, había dejado de ser, la cara de su pequeña hermana la sustituyó de pronto. El grito de horror despertó a Adelaida, que pronta acudió a consolarlo tiernamente.

-Sólo fue un sueño, mi amor.

-Por muchas veces que se repita, nunca acabaré de acostumbrarme a ese sueño.

-¿Cuál? ¿Aquel en que te metían en una botella de whiskey?

-No te rías, sabes a cual me refiero.

-Lo siento, pensé que ya lo habrías superado. Fue hace tanto tiempo... Además no tuviste la culpa. ¿Por qué sigues atormentándote?

-Claro que tuve la culpa y lo grave es que no lo conté en su momento a nadie. Sólo espero que el destino me de algún día la oportunidad de expiar mi culpa.

A Adelaida la repateaba esa actitud de Edmund. Se levantó, se vistió con su bata y se fue al baño.

Edmund se sentó al borde de la cama y llevó lentamente las manos a su cara, frotando despacio los ojos. El corazón aún le latía con fuerza, al igual que su atormentada cabeza, inmersa en multitud de pensamientos que fluían a una velocidad que contrastaba con la gran lentitud de sus gestos. Adelaida, su hermana Eva, Luke, ¿dónde coño se había metido ese lobo herido? Maldita culpa, estúpido sufrimiento. Durante un breve período de su vida se había considerado budista, había anhelado alcanzar la dichosa ecuanimidad, el nirvana o como coño quisieran nombrarlo. La verdad es que pronto comprendió que aquel no era su camino. De entrada, rechazar el sufrimiento como fuente inagotable de sabiduría le parecía abominable, y por otro lado, aceptaba que sin sufrimiento tampoco había manera de disfrutar ningún tipo de placer, eran términos correlativos e indefinibles uno sin el otro, pero a diferencia de los binomios frío-calor, bien-mal, la ausencia de sufrimiento no se tornaba en placer, sino más bien en un tedio insoportable, en una necesidad de que ocurriera algo en su vida que, para bien o para mal, acabara con el hastío existencial. Le parecía, al fin y al cabo, que adquirir una postura budista era enfermizo y malsano. Necesitaba el placer como aliciente, e incluso a veces lo consideraba como fin único de su vida. No sabía si era epicúreo, hedonista, cínico, seguidor de Heráclito el Oscuro o de la antifilosofía nietzschiana, o que simplemente había recibido al nacer el duro cometido de portar la linterna de Diógenes, lo cual le llevaba de nuevo al principio (en un eterno devenir), a posturas que aconsejaban librarse del deseo. Cuánta mierda junta, cuánto sinsentido, cuánta gente que había malgastado su vida para que él pudiera formar una amalgama de teorías que describieran su desconcierto.

-Ade, ¿no deberíamos ir a casa de Luke? Es el único que nunca falta a las reuniones.

Desde el baño llegaba el sonido del agua como única respuesta a su pregunta. Esto llevó a Edmund a una conclusión, sabía algo sobre Luke que no quería contarle. Esperó a que acabase de ducharse sentado en la cama, mirando al vacío, con su caótica mente cavilando.

A su vuelta, iba dejando una estela de agua tras de sí, completamente desnuda y con los cabellos empapados deslizándose sobre los hombros. Parecía una sirena, comprendía cuanto la deseaba y sabía lo indefenso que se encontraba ante esa mirada que lo desarmaba. Ella también lo sabía, era consciente de que manejaba la situación como una auténtica estratega.

-Vístete y nos vamos.

- ¿A dónde?

- Tengo que enseñarte algo. No me hagas preguntas o estropearás la sorpresa.

Sumiso como un animal asustado se puso la ropa que tenía desperdigada por todo el cuarto y la siguió hasta la calle. Las tripas empezaban a delatar su hambre, la idea de que la sorpresa fuese acercarse a una cafetería cara para desayunar le parecía buena, pero, por supuesto, era algo más importante que eso.

Al cabo de unos minutos comprendió que los pasos de Adelaida se dirigían casi sin ninguna duda a la buhardilla de Luke. ¿Qué demonios significaba todo esto? Ella sabía algo que no quería contarle y estaba empezando a ponerse aún más nervioso. Pudieron ver la vespa verde de Luke aparcada a la entrada de la gran puerta de madera vieja que daba acceso al edificio. Luke debía de estar en casa. Adelaida abrió la puerta acompañada de un chirriante sonido y un olor a humedad. ¿Qué hacía ella con la llave del portal de la casa de Luke? Subieron las oscuras escaleras y el olor a coliflor o repollo de la cocina de algún vecino les fue envolviendo. Súbitamente sintió miedo, le parecía estarse adentrando en la madriguera de algún animal peligroso. Justo en el cuarto piso, el anterior a la buhardilla, Adelaida paró y comenzó a abrir la puerta de una de las dos viviendas, justo la que estaba junto a las escaleras por las que acababan de subir. Edmund estaba aun más perplejo y el miedo le subió como la fiebre o una fuerte marea. La araña le estaba capturando poco a poco y sin decir ni mu. No sería exagerado e injustificado ese miedo, la conocía de toda la vida. Aún así todo esto era demasiado extraño.

Entraron. Edmund iba dejando el olor del miedo tras él, cualquier animal se hubiera vuelto loco con aquella nube de adrenalina que expelía. Adelaida caminó hacia el cuarto interior por un pasillo estrechísimo y excesivamente oscuro para Edmund en ese momento.

Un antiguo sueño cruzó rápidamente el quicio de su inconsciencia. Este consistía en un laberíntico caserón oculto tras la pantalla de un antiguo cine, al que se accedía mediante un túnel. Una vez en él, las paredes se estrechaban y los pisos se inclinaban caprichosamente hacia un lado u otro dependiendo de qué pasillo tomaran sus pies. No existían ángulos rectos, todo era irregular, los marcos de las puertas describían ángulos extremadamente agudos a un extremo, y uno extremadamente obtuso le correspondía al otro. Cada uno de sus amigos cruzaba una de las puertas y encontraba tras ellas todo aquello que en esos momentos deseara. Sin embargo, él deambulaba de una a otra habitación y el caserón, que tan magnánimo se había mostrado con sus compañeros, caprichoso, había decidido burlarse de él, ofreciéndole duchas de agua fría y toda clase de tratamientos vejatorios. El agravio comparativo envolvía la última parte del sueño, y el epílogo consistía en un Edmund completamente desesperado que acababa por derrumbarse, sentado en el suelo, en un rincón cualquiera y llorando como un bebé.

Que aquel sueño volviera a su mente no era una señal de que sus nervios se hubieran templado desde que entrara en el escondite de Adelaida, y para nada un buen presagio. Sólo unos pasos le separaban de la sorpresa, si es que se podía llamar así, que su amiga le había preparado.

- Luke ¿qué haces tú aquí?

Este blandía en su mano un pistolón del siglo XIX que acercaba insistentemente a su sien. No parecía haberle oído. Edmund repitió la pregunta y el mismo silencio fue la única respuesta.

- ¿Qué le pasa?
- Lleva así tres días. No come, no duerme, esos ojos vidriosos no se separan ni un segundo del arma. He intentado hablarle pero ya has visto, está completamente catatónico.
- Es un romántico hasta las últimas consecuencias, diría que incluso un poco cursi.
- Romántico in extremis.
- Pero, ¿qué hace aquí? ¿Qué significa todo esto?
- Es cierto, te debo una explicación.
- No me debes nada. Me has llevado de un lado para otro como a un perrito faldero y no he protestado en ningún momento. He aprendido a

conformarme con lo que los demás quieran darme, sin exigir nada. Resultado de la adaptación al medio...

- No seas quisquilloso, te doy la explicación porque quiero y punto.
- Sí, sí. Perdóname, tienes razón.
- Hace unos ocho meses el casero de Luke decidió unilateralmente que mantener el contrato en estos tiempos era tirar el dinero y que la buhardilla debía cambiar de manos. Así pues, cambió la cerradura y le entregó a Luke dos cajas con sus escasas pertenencias. Aquella noche acudió al café y casualmente sólo aparecí yo. Me contó lo sucedido y, apoyada en mis vastos recursos familiares, decidí comprar esta casa y correr personalmente con los gastos de manutención de Luke. Se podría decir que apadriné a Luke.
- Puedes ahorrarte el resto.
- Te equivocas, sólo he amado a una persona más que a él. Al mes de establecerse, yo ya pasaba más tiempo aquí que en mi piso, y esta, al fin y al cabo, era mi casa. Él seguía tan desolado como siempre y yo me iba frustrando por ser incapaz de hacerle feliz. Poco a poco, Luke empezó a preguntarme por ti y a tenerte celos por haber sido el primero en amarme. Hace una semana la situación se volvió insostenible. Me marché durante dos días a la otra casa y cuando volví le encontré así.
- Ahora sí aceptaría el café que me ofreciste anoche, acompañado de unos bollos si fuera posible.
- Volvamos al salón, en seguida te lo sirvo.

Luke se recostó sobre el sofá mientras veía a Ade alejarse hacia la cocina. Lo que sentía en ese momento era lo más contradictorio a lo que se había enfrentado en su vida. Qué se supone que debía hacer él ahora.

El estruendo hizo que los cristales de toda la casa retumbaran. Edmund se levantó rápidamente y encontró la cabeza agujereada de su amigo sobre la mesa, envuelta en sangre y con unos ojillos grises que le daban aspecto de haber cruzado el Aqueronte con la ilusión y la felicidad que tal vez sólo alcanzara cuando era un chiquillo.

Fue en busca de Adelaida a la que conminó para que no entrara en la sala, enviándola a buscar a algún vecino o un teléfono público en caso de que ninguno estuviera dispuesto a ayudar. Volvió a la habitación de Luke. Los perros de todo el barrio ladraban desaforados.

Sólo podía preguntarse quién nos curará del fuego sordo, del fuego sin color de Cortázar, que corre por las rúas de todo el orbe. Cuántas copas de vino, cuántas rayuelas reposando sobre el mármol de Montparnasse. Pobre Luke, la tristeza lo había devorado finalmente, destruyendo sus centros nerviosos, reduciendo sus funciones vitales a lo indispensable. Lo indispensable para que, finalmente, la pólvora se inflamara, acabando con su vida. Todo estaba programado, nada funcionaba en su cabeza salvo lo necesario para transmitir a los músculos de las falanges el impulso eléctrico nervioso que apretara el gatillo. No era casualidad, la vida había conservado en él lo justo para destruirse a sí misma.

Comprendió que lo que observaba en las granas salpicaduras sobre la pared era su propio final, el de todos cuantos le rodeaban. Todos serían devorados, tarde o temprano, por el fuego sordo, por la tristeza a la que se habían acostumbrado. Luke había sido el primero en caer a causa de su intolerancia a la nostalgia, y tal vez podían considerarle un afortunado. Los demás seguirían deambulando unos cuantos años más, espantapájaros, fanticos en ese teatro del absurdo, como esos autómatas de principios del siglo XX, divirtiendo a niños y mayores, cuando no objetivo de las críticas de las personas de bien, acomodados en sus vidas, en esos retablos plastificados que tanto odiaba, pero que en momentos como este le hacían pensar si no sería más llevadero dejarse arrastrar por la corriente del río, de nuevo Heráclito, en lugar de perseguir el imposible, que por propia definición debía de ser inalcanzable.

Y algún día, no tan remoto como pudiera parecer, la pena negra sobrepasaría los límites permitidos para ser metabolizada por sus cuerpos, aún tan lozanos que parecía inadmisibile que ya llevaran inscrita la putrefacción en cada una de sus células. En contra de lo que pudiera parecer, aquel descubrimiento lo tranquilizaba, la paz y la plenitud más absoluta flotaban en el ambiente de aquella macabra escena. La nada, el nirvana, había venido a buscar a su amigo, y él, privilegiado testigo, podía respirarla durante unos breves instantes, antes de que la policía, el llanto de Adelaida que volvía de pedir ayuda y el ruido de las ambulancias le devolvieran de nuevo a la tragedia de estar vivo.